

EL ATENEEO LORQUINO.

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.

AÑO II.

LORCA 1.º DE OCTUBRE DE 1872.

NUM. XV.

SUMARIO. *La Poetisa Safo*, por D. TOMÁS PER-
RINGO. *Meditacion A...* por D. FELIPE PLA. *Influ-*
encia de las Cruzadas, por D. J. M. CAMPOY. *La fé*,
por D. J. M. PUCHE. *Ocupaciones menudas*, por D.
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA. *Cantares*, por D. BRAU-
LIO MELLADO. *Sueltos*.

LA POETISA SAFO.

(Conclusion.)

Al oír esto la abraza de una manera paternal, y con la mayor ternura le dice:

« Sabed que vuestro anciano padre es uno de mis mejores amigos y más antiguos compañeros en los juegos olímpicos, en donde fuimos coronados muchas veces; ese anillo que llevais es la prueba de una antigua hospitalidad; yo me llamo Eutiquio de Colcos; estad tranquila, que en esta casa no os faltará nada de lo que podais apetecer: pero ya es hora de que tomeis alimento; la comida está dispuesta, y después de comer, entraremos en el jardín, que tal vez no os parezca despreciable, y en él tendré el gusto de que me relateis las desgracias que os ha ocasionado vuestra amorosa pasión. »

En efecto, terminada la comida, que fué amenizada con el canto de varios trozos de la Iliada y acompañados por Melancio con su cítara, diríjense al jardín; y entre el grato perfume y puro ambiente de aquel delicioso verjel, reveló Safo al honrado Eutiquio todo su secreto y al mismo tiempo el nombre del objeto de su amor; pero este la consoló diciendo: que estaba esperando á Faon, el cual no tardaría mucho en llegar á la isla; que le hablaría con el interés de un padre para ver si con sus palabras podía ablandar su acerado corazón. Safo con esta esperanza no dejaba de asomarse cada momento á una de las ventanas de la casa, desde donde se descubría perfectamente el mar, por ver si podía percibir alguna embarcacion; mas en vano.

Faon, que debía haber llegado á Sicilia antes que ella, no pudo por haberle arrojado tiempos contrarios á las costas de Creta. Viendo Eutiquio que éste tardaba mucho en arribar, despacha á sus esclavos con orden expresa de recorrer toda la isla para averiguar su llegada, y al mismo tiempo expide un men-

saje á Scamandrónimo, instruyéndole de que su hija se encontraba á su lado, á la que tenía el gusto de servirle de padre, y que por lo tanto estuviese tranquilo.

Safo pasaba los días aparentemente satisfecha al lado de Eutiquio y de sus amigos, entre los cuales se hallaba un jóven rico, sabio y virtuoso, llamado Nomofilo que, prendado de las bellas cualidades de nuestra insigne poetisa, pretendia declararle su amorosa pasión; pero cuando en varias ocasiones llegó á aventurar algunas frases, ella no le daba nunca ni la más remota esperanza de ser correspondido. ¡Tal era la herida que en su pecho habia abierto el primer amor!

Entre tanto, Eutiquio recibió una carta de su amigo Scamandrónimo, en la que, además de manifestarle que le estaba sumamente reconocido por el gran interés que habia desplegado en favor de su desgraciada hija, le rogaba con insistencia que tomase á su cargo el reducirla á volver á Mitilene. A la vez escribió otra á su querida Safo, cuyo contenido era un tierno y dulce conjunto de las más afectuosas quejas.

A todo esto no se tenía ni la más leve noticia de Faon; y aunque la ausencia de éste era para Safo como una llama inextinguible que devoraba sin cesar su pecho, fué, sin embargo, desechando en parte su melancolia, ocupándose en el jardín de su amable protector en cultivar las flores, en podar é ingertar los árboles (lo cual ejecutaba con tanta maestría que excitaba la admiracion y aplauso del inteligente Eutiquio y del jóven Nomofilo;) y sobre todo en leer todas las noches las obras de los historiadores y poetas, y en especial las de Homero, en las que bebió como de una fuente inagotable los más exquisitos sentimientos de armonía, la riqueza de conocimientos que poseía su alma y el fuego que ardía en su corazón, debido todo esto á la carta de su anciano padre por un lado, y á los consejos y exhortaciones del generoso Eutiquio por otro.

En el silencio de una de esas noches en que se hallaba en su aposento, y en que todos estaban profundamente entregados al sueño, fué cuando compuso la famosa oda erótica á Venus, de que ya hicimos mérito anteriormeste, y cuya copia, según dijimos, vamos a presentar desde luego á nuestros lectores, aunque de una manera lánguida é imperfecta, como no pueden menos de comprender los que conozcan á fondo el dulce y magestuoso idioma de Homero y de Tirteo.

A VENUS.

¡ Oh Venus inmortal, risueña hija
Del Padre de los dioses, que te hallas
En multitud de templos, donde obtienes
Justa alabanza!

Ven á mi lado, pues, yo te lo ruego;
Deja tu dulce y religiosa estancia,
Y mitiga las penas insufribles
Que hay en mi alma.

Bien sabes que otras veces, presurosa
Corrias hácia mi, si te llamaba,
Y con halagos, término ponias
A mis desgracias.

Un dia que mi amargo y triste lloro
Tus divinos oídos escuchaban,
Acudiste contenta á disiparlo
Del viento en alas;

Y con tiernos acentos me decias:
« Quién de tus sinsabores es la causa?
¿ Algun ingrato el fuego ha resistido
De tus miradas?

Si es así, no te aflijas; yo hacer puedo
Que, rendido á tus piés, sienta la llama
De esa ardiente pasión, de ese amor puro
En que te abrasas. »

Pues bien ¡ oh diosa! ya llegó el instante
En que efectivas tus promesas hagas,
Amándome Faon, por quien mi pecho
Tanto se afana.

Por mucho que nosotros nos esforzásemos en hacer el juicio crítico de tan precioso himno, nada convenia á los inteligentes como la simple lectura del original; pues éste se recomienda por sí solo.

Ahora bien, ya comprenderán nuestros lectores que el móvil que indujo á la apasionada Safo á hacer esta poesia no fué otro sinó la indiferencia de Faon; proponiéndose por este medio ver si podia llegar á ser correspondida.

Al siguiente dia cantó ella misma delante de Eutiquio y de algunos amigos de éste, incluso Nomofilo y otras personas de ambos sexos, esta arrebatadora composicion, acompañándose con la lira, lo que ejecutó con un timbre de voz y una destreza tal, que arrancó á todos los más vivos y entusiastas aplausos.

Con la grata ocupacion del canto y de la música y con la dulce hospitalidad que Eutiquio le dispensa-

ba, llegó nuestra insigne poetisa casi á olvidar la prediccion de la Pitonisa; pero su vieja esclava Rodopa le recordó que debia prestarse una fé ciega y sin límites á los designios de la Divinidad.

En su consecuencia, un dia en que Safo se hallaba sobre la playa devorando el mar con su vista, vió á lo lejos dos náufragos que, asidos á una tabla, se dirigian á la costa, luchando con las furiosas olas: saltan por fin en tierra, y con la mayor ansiedad les pregunta por Faon; y al oír de boca de aquellos desgraciados que éste habia sido víctima del más horrible naufragio, cae trasportada en la arena. Pero luego que pudo volver en sí, mediante las acertadas disposiciones de su buena esclava, acércase á los marineros y, anegada en lágrimas y con tono suplicante, les vuelve á preguntar si están seguros de su muerte, y ellos se la confirman diciéndole que lo han visto perecer con sus propios ojos. Al oír esto Safo, prorrumpe llena de desesperacion:

« No puedo vivir sin tí, mi querido Faon; y no siendo esto posible en vida que á lo menos la muerte nos una. »

Y diciendo estas palabras lánzase al mar; pero á un grito desgarrador de Rodopa, acuden los marineros y la extraen de las aguas casi exánime; y en tal estado fué conducida por los mismos, ayudados de su fiel esclava á casa de Eutiquio, y entrándola en su habitacion la acuestan sobre su lecho; pero estando todos en el mayor cuidado por creerla ya sin vida, se presenta Eutiquio conduciendo de la mano al jóven Faon, el que viendo á Safo en aquella situacion tan lamentable, hace que se le prodigue la esencia de los perfumes, con el fin de volverla á la vida: ya que lo pudo conseguir, le alargó la mano para levantarla, diciéndole.

« No creais que es ilusion, querida Safo: el que considerabais víctima de las terribles olas se halla delante de vos, y lo debe á un nuevo prodigio, que os referiré, cuando esteis completamente tranquila. »

Al convencerse la desdichada Safo de la realidad de todo cuanto ve en su derredor, lanza una terrible mirada á los dos marineros, que á la sazón se encontraban en un extremo de aquel aposento, y exclama:

« ¡ Miserables, cuánto me habies hecho sufrir con la fatal noticia que me disteis acerca de este vuestro jóven y digno compañero!

A estas palabras, Faon se dirige hácia ellos; los abraza, les llena de elogios por haber librado de una muerte segura á su mejor amiga y compatriota, y les pregunta, por último, cómo han podido escapar con vida del naufragio, á todo lo cual le contestaron satisfactoriamente.

Safo, reanimada, suplicó á Faon que refiriese todas las particularidades ocurridas en su travesia, y Eutiquio y los demás circunstantes, que tambien deseaban saberlas, le rogaron con instancia que diese principio al relato de los extraordinarios sucesos en su larga y penosa navegacion.

Entonces Faon satisfizo la curiosidad de todos diciendo: que arrojada su nave por la tempestad hácia las aguas de Chipre, en donde naufragó, y encontrándose por esta causa próximo á ser tragado por las olas, se le presentó la diosa Citerea, sentada en su carro de marfil, tirado de dos blancas palomas; y asiéndole de un brazo, le sentó á su lado; y volando sobre la superficie del anchuroso piélago, cedia la

borrascosa tormenta por donde pasaba; que al llegar á la isla, en cuya costa detuvo su prodigioso carro; saltó en tierra, y después de haberse elevado á las nubes aquel númen celestial, se dirigió inmediatamente al templo que en dicha isla estaba consagrado al culto de esta divinidad, á darle gracias por el importante favor que acababa de dispensarle; que de allí fué á casa de un amigo suyo á quien le unian los más indisolubles vínculos de la hospitalidad; y habiéndole este provisto de un bajel con todo lo necesario, y despreciando de nuevo los peligros del mar, se hizo á la vela y desembarcó en Sicilia después de un viaje feliz.

Concluido tan interesante y maravilloso relato, Eutiquio le condujo a su aposento á fin de que descansase, y Safo, cuyo amoroso corazón fué herido con un dardo más agudo por esta casual entrevista, se dirigió también al suyo, pero siguiendo al mismo tiempo con la vista á su inolvidable Faon. Confiado Eutiquio en la estrecha amistad que existía entre él y su nuevo huésped, y deseando cicatrizar en cuanto le fuese posible las heridas que el amor había abierto en el pecho de la desgraciada Safo, le habló con el mayor interés sobre la conveniencia de enlazarse con tan ilustre al par que infeliz poetisa, invocando para ello la hospitalidad, ponderando el singular talento y las bellas cualidades del objeto de su desden, y enseñándole, en fin, los últimos versos que había compuesto, pero todo fué en vano; nada bastó para ablandar su corazón de roca; sin embargo, Eutiquio insistió en su propósito tantas veces, que sus instancias llegaron á ser insoportables á Faon en tanto grado, que adoptó el medio de salir de Sicilia, como en efecto lo verificó al día siguiente, no sin dejar, antes de hacerse á la mar, una carta, que dió á uno de los esclavos, para que la entregase á Eutiquio cuando se levantara, en la que le manifestaba que sentía infinito no poder complacerle, porque la bella Cleonisa reclamaba su amor y su fé, y no quería aparecer desleal ante sus ojos; que se alejaba de Sicilia lleno de disgusto, tanto por dejar su amable y grata compañía, como por el estado lastimero en que quedaba Safo, á la que con especialidad enviaba su más afectuoso saludo.

Safo, después de haberse levantado, se presenta á su amigo Eutiquio, cuando éste leía por tercera ó cuarta vez aquella carta fatal, y le pide noticias de Faon; pero viendo que no le contesta, y que permanece melancólico y cabizbajo, le ruega encarecidamente que le explique la causa de su tristeza. Eutiquio, obligado por tan justa demanda, le manifiesta, aunque á pesar suyo, todo lo ocurrido con Faon.

Entonces Safo, calculando la intensidad de su desgracia, y comprendiendo que ya no le quedaba esperanza alguna, hizo el más supremo esfuerzo para dominarse, tanto que no dejó escapar ni el más leve suspiro, ni una lágrima siquiera, y conociendo que la humillación en que había caído no tenía límites, arrebatando á Eutiquio la carta del ingrato Faon y haciéndola mil pedazos, se resolvió á obedecer el oráculo, extinguiendo en las olas el incendio que devoraba su apasionado corazón; para lo cual, embarcándose al día siguiente al amanecer acompañada de sus esclavos, se dirigió llena de inquietud hacia Léucades, dejando al buen Eutiquio y á toda su familia en el más profundo sueño.

Era Léucades una antigua península de la Acarnania, situada en las costas occidentales de la Grecia,

y cuyo istmo fué cortado por los cretenses á poco de haber caído en poder de los mismos, con lo cual se convirtió en una isla.

A los diez días de navegación abordó al puerto de Ambracia, y desde allí partió en un pequeño bajel á dicha isla, en cuyas inmediaciones existía un templo erigido en honor de Apolo. Dirijese al punto á este sagrado recinto, y penetrando resignada en su interior, ve postrados al pié de los altares multitud de extranjeros, que imbecaban ó daban gracias á aquella divinidad; y al ver al sacerdote que se disponía á ofrecer un sacrificio, se arroja en el instante á sus pies, y le ruega se digne explicarle el sentido de un oráculo que llenaba su espíritu de espanto y confusión.

El sagrado ministro entonces, mirándola con atención, le dijo que no tenía inconveniente en escucharla. La ingeniosa Safo, poseída del más profundo respeto, le hace la historia de su amorosa y desgraciada pasión; de las enigmáticas frases pronunciadas por la Pitonisa; en una palabra, de todos cuantos pormenores habían contribuido á acibarar los días de su existencia. Concluido el relato de tan lamentables y extraordinarias aventuras, el venerable Sacerdote con voz imponente le dijo:

«Seguidme, joven desgraciada; yo os mostraré el sitio sagrado en donde, sin duda, podréis curar radicalmente las heridas que el amor ha conseguido abrir en vuestro pecho.»

Pronunciadas estas palabras sale del templo; la heroica Safo le sigue respetuosamente; y habiéndose detenido á corta distancia de aquella sagrada mansión, le pregunta:

«Veis aquel promontorio blanquecino que se eleva y avanza hacia el mar? Pues bien, es la roca de Léucades; desde allí debéis precipitaros sin vacilar. Si así lo hiciéreis, tened entendido que no perderéis en las olas más que el amor; pero si no, os puedo asegurar que estais expuesta á perderos: esta es la interpretación del oráculo y por consiguiente la voluntad de los dioses.»

Dicho esto, se retiró el Sacerdote, y resignada Safo con los decretos divinos, corrió hacia la sagrada roca. Sus fieles esclavos, que no la habían perdido de vista, la siguen llenos de la más profunda tristeza. Al llegar al bordé del promontorio y reflexionar la catástrofe espantosa que le espera en aquel profundo abismo, retrocede espantada; con lo cual dió tiempo á que Clito y Rodopa llegasen á este sitio fatal, y que ésta la estrechase fuertemente en sus brazos. Safo hace los mayores esfuerzos por desasirse, pero nada consigue; hasta que, apelando á los más tiernos ademanes al par que imperiosos, pudo conseguir que, engañada por este medio, no solo la obedeciese, sino que también se retirase de allí en unión de su compañero Clito.

En tanto que ellos se alejan, la infeliz amante, derramando torrentes de lágrimas, y con las manos levantadas al cielo, hizo voto solemne de consagrarse al culto de la casta Diana, si los dioses le concedían ver de nuevo la playa de su país natal, llevando su pecho libre de los lazos del amor; é invocando á Tétis y rogándole que le recibiese en su seno, fué á precipitarse en las aguas, cuando un horror involuntario le detiene por segunda vez. Entonces Rodopa, que aunque se había alejado no la perdía de vista, da un grito desgarrador, y Clito se lanza á

su vez para detenerla; pero Safo que ve descubierto su designio, cubriéndose con su velo, y exhalando un suspiro agudo y lastimero, se arroja inmediatamente y rueda en el abismo.

Clito acude, y al ver á la desdichada Safo sobre montañas de agua, luchando en vano con la muerte, precipítase también para socorrerla; pero el infeliz fué á estrellarse contra una de las rocas que habia á flor de agua. La anciana Rodopa llega con paso tardo y vacilante; y al ver el destrozado cadaver de su compañero Clito, y el de su dueña querida flotando sobre el irritado mar, cae desmayada sobre la roca.

A la mañana siguiente los servidores del templo recojieron sus restos mortales que las bramadoras olas arrojaron sobre la playa, y les tributaron los últimos honores. La noticia del trágico fin de tan insigne poetisa acortó los dias de su anciano padre y de su buena esclava Rodopa, llenando al mismo tiempo de luto la existencia de su generoso protector Eutiquio y de todo el pueblo de Mitilene, en donde se levantó una estatua en honor de esta heroína; y en virtud de un decreto popular, se le erigió también en el sagrado promontorio de Léucades un magnífico sepulcro, con una inscripcion que recordase eternamente tan extraordinaria aventura.

TOMÁS PERIAGO.

MEDITACION

A

Peregrina del espacio
Va entre nubecillas blancas
La reina de los misterios
Que las noches hace claras,
Andando, andando, de luz
Va vistiendo las montañas
Y derramando en los rios
Madejas de pura plata.
Todo duerme, todo duerme
Todo entre misterios calla,
Menos la brisa ligera
Que las flores mece y canta
Para que duerman tranquilas
Hasta que no venga el alba,
Menos la voz armoniosa
Del ruiseñor, que en las ramas
Melancólicos amores
A su compañera canta,
Menos del arroyo claro
Las murmuradoras aguas
Que van regando las flores
Que sus orillas esmaltan,
Menos del umbroso bosque
Las rumorosas acacias
Que segun hablan las brisas
Así también ellas hablan
Todo duerme, todo duerme
Todo entre misterios calla

Menos la brisa y el ave
Menos el bosque y el agua
Menos yo, que triste paso
La noche haciendo compañía
A lo que calla en la noche
Y á lo que en la noche canta...
Pues si acaso algun consuelo
Halla en su tristeza el alma
Se encuentra solo en la noche
Misteriosa, dulce, grata
Entre sus sombras y hechizos
Al amor de su luz vaga,
Entre sus gratos perfumes,
Entre su adormida calma
Escuchando las querellas
De las fuentes y las auras,
De los árboles frondosos
Gozando la sombra parda,
Siguiendo de las estrellas
La magestuosa marcha
Y viendo como la luna
En su luz la tierra baña;
Gozando de su silencio;
Recordando otras pasadas
Más felices, más felices
Y como ningunas gratas.

FELIPE PLA.

INFLUENCIA DE LAS CRUZADAS.

Páginas tiene la historia cuyo glorioso recuerdo jamás debiera borrarse. Ella nos enseña cuanto hemos sido en los pasados tiempos y cuanto tenemos derecho á ser en adelante, si no damos al olvido sus saludables lecciones.

Cuando la sociedad pretende romper la cadena que le une á lo pasado, y en su poco apego á los siglos que fueron desata la tradicion, quedando solo ante su vista el presente, se parece al niño que despreciando los sabios consejos del prudente anciano, marcha por sendas casi siempre extraviadas, henchida la mente de engañadoras ilusiones, á que solo responde el corazon, lleno de tristes desengaños. El patriotismo no es nuestra cualidad distintiva porque en el orgullo de nuestra razon nos hemos soñado gigantes, creyendo que el siglo de las luces se basta y se sobra para alumbrar el camino que debe recorrer. La patria no es la tierra, donde primero posamos nuestra vacilante planta; el cielo que al nacer nos cobijó con sus pabellones de brillante luz: más bien es el pasado con sus vicios horribles y sus inmarcesibles glorias. No hay que encerrar, pues, nuestra existencia y nuestro destino entre el ayer y el hoy, mientras tengamos detrás altares y sepulcros, donde bebieron su fé nuestros mayores, y á cuya sombra reposan sus venerables restos: las grandes cosas del tiempo antiguo, escritas en sus epitafios, serán lecciones de patriotismo para la juventud, esperanza

fundada de los tiempos venideros.

Las cruzadas, ha dicho un moderno escritor, son la gran epopeya de la fé » y en un siglo, que se arrastra en las tenebrosas soledades de la duda, bueno es mostrar las consecuencias, que á la inspiracion de aquellas fué dado producir.

Ni los límites de esta Revista, ni el fin que nos hemos propuesto nos permiten contar uno por uno los gloriosos hechos cuya historia ha ocupado á hombres tan eminentes como Cantú; cuya magnificencia ha inspirado génius tan grandes como Tasso: basta para nuestro objeto consignar que las Cruzadas son una ilustre epopeya cuyas páginas contienen las más heróicas acciones que han registrado los siglos; y que sino siempre la victoria cobijó con su manto á los guereros de la cruz, estos hasta en el infortunio fueron héroes.

Al juzgar al menos en sus efectos las Cruzadas, nos sale al paso una muy fundada dificultad. Las guerras santas no tuvieron ni un éxito completo, ni absolutamente un mal resultado, y nada es tan difícil de juzgar, como lo que queda incompleto. Si las Cruzadas hubiesen tenido un resultado completamente favorable, se hubiese realizado un pensamiento de gigantes, el sueño acariciador de los grandes génius: entonces el mundo hubiese sido la gran nacion que habia soñado Alejandro: hubiera sido el gran pueblo reposando bajo las leyes de la ciudad de los Césares: el gran imperio, cuya fundacion intentára en vano Carlo Magno, Carlos de Austria y Napoleon; la gran familia, que colmára las ilusiones de nuestros modernos cosmopolitas. Los reinos de Oriente y Occidente correrian parejas en el camino de la ilustracion y del progreso, las costumbres y las leyes de Europa serian las costumbres y las leyes del mundo entero, y el Africa hubiese tenido tambien su asiento en el gran banquete de la civilizacion.

Entonces los mares hubiesen sido grandes estanques que unian dos tierras eternamente amigas: los pueblos unidos por medio de faciles caminos hubieran hecho mucho tiempo suprimido las distancias: las más lejanas provincias cambiarian entre sí los objetos de sus artes y de su industria, y las naciones sus luces y su cultura.

Si por el contrario supusiésemos que las guerras santas no se hubiesen llevado á efecto, ó que su coronamiento hubiese sido funesto completamente, entonces á nuestra civilizacion y cultura hubiera sucedido la holgazaneria enervadora del serrallo: la Europa presa del musulman, hubiera retrogrado muchos siglos, y nuestro oscuro porvenir lo retratan de una manera elocuente el Africa y el Asia. ¿En quién podriamos esperar, victima la Europa de la más funesta division: entregados los pueblos á la licencia, perturbados los estados por la discordia, y algunos de ellos sumergidos en la barbarie? Si la cristiandad, como dice Mr. de Bonalet, no hubiese salido entonces por todas sus puertas y en varias ocasiones, para atacar á un enemigo formidable; no debe creerse que éste habria aprovechado la inaccion de los pueblos cristianos: que los hubiera sorprendido en medio de sus divisiones y los hubiera subyugado unos en pos de otros? » Digalo nuestra España, que vertió en ocho siglos la sangre de sus hijos más preciada.

Inútil pareceria ya que nos detubiesemos, despues de estas consideraciones generales, en exponer la influencia de las Cruzadas en la civilizacion de Europa;

sin embargo nos permitiremos aun alegar alguna otra prueba de las muchas en que la materia abunda.

Pedir á aquellas razas del Norte, que siglos antes habian invadido la Europa que depusiesen las armas, hubiera sido empresa más inútil que temeraria: el hombre no habia visto en el hombre más que un enemigo y el grito de «*Vae victis*» resonaba aun por toda la tierra, sin que pudiera oponersele otra valla que la *tregua de Dios*; pero cuando la Iglesia pudo hacer esclamar á la Europa conmovida «*Dios lo quiere*» apagó todos los rencorés, extinguió todos los odios, y el acero solo se desenvainó en adelante contra el comun enemigo echandose de esta manera el cimiento á la concordia universal primer paso hacia la civilizacion.

El feudalismo era otro de los males, que minando la sociedad la precipitaban á su ruina. El principio de autoridad, base de la constitucion social, puede decirse que faltaba: de tal manera se halló debilitado especialmente en Inglaterra y Francia; y las Cruzadas contribuyeron á robustecerlo notablemente, ya por muerte de los señores feudales, ya por donaciones y ventas á los reyes para atender á los gastos de tan larga y peligrosa peregrinacion.

La Italia entregada hacia algun tiempo al comercio de Oriente, lo aumentó de una manera admirable despues de las Cruzadas, habiendo establecido en tiempo de éstas, innumerables colonias en la parte que se les cedia de todas las ciudades conquistadas.

Algunos escritores del último siglo, más desprovistos de buena fé que de conocimiento de causa, se atrevieron á negar la civilizadora influencia de las Cruzadas, afirmando que si en algo influyeron, fué en el poder y las riquezas de un clero que ambicioso las impulsaba, pero volviendo por la verdad historica ultrajada, no dejaremos de consignar respecto á lo segundo, que un tributo bastante crecido pesó sobre el clero bajo el nombre de *Diezmo Saladino*: obligandole á vender muchas veces los vasos sagrados para cubrirle; afirmando un escritor que «en el espacio de doscientos años, el clero dió para las guerras santas más dinero del que habria necesitado para comprar la mayor parte de sus posesiones» Y en cuanto á lo primero bastará recordar lo que ya hemos consignado, añadiendo que la navegacion y el comercio, porque tanto se afanan nuestros contemporáneos, obtuvieron grandes ventajas bajo las banderas de la Cruz.

Las comunicaciones por mar fueron desde las Cruzadas más libres, más espeditas; la configuracion de las costas, la posicion de los cabos, de las bahias y de los puertos se determinaron, y desechando los antiguos errores, se depuraron las verdades, que ya la náutica conocia.

Con relacion al comercio, basta consignar que las costas del Asia como las ciudades marítimas de la Siria y aun de la Grecia, pertenecieron al Occidente, y Europa cambió sus productos en tan lejanos puertos haciendo suyas las riquezas de aquella gran parte de nuestro globo.

¿Y España qué bienes reportó de las Cruzadas? Grandes, iumensos, trascendentales. España tuvo que luchar con el Africa, precipitada sobre su fértil suelo, y sino le hubieran impedido las guerras santas, el Asia hubiese venido tras sus hermanos en defensa de la media luna, que sucumbia bajo el poder de la Cruz, y los Españoles, muertos antes que subyugados, hubiesen sucumbido con valor, pero quizá im-

potentes para romper sus cadenas.

Antes de soltar la pluma queremos hacernos cargo de una acusacion lanzada sobre España por un historiador francés. España tomó escasa parte en las expediciones de Oriente. » ¿Y cómo había de buscar el mahometismo tan lejos el que necesitaba lanzarlo de su suelo? España tomó una parte ciertamente muy activa y siempre más gloriosa que la Francia; pues si los guerreros franceses, á la cabeza de las expediciones pretendieron llevar la civilizacion al Asia, España supo conservarla para Europa.

J. M. CAMPOVA

LA FE.

Ciega la nombran: no sé
Que pueda llamarse ciega
Una evidencia que llega
Al hombre de menos fé.
Se siente, se palpa y vé
A cada paso que damos:
Invisible la tocamos;
Sin la mirada la vemos,
Sin verla la conocemos,
Sin conocerla la hablamos.

Ella está en la inspiracion,
De la vida en el aliento,
Del alma en el sentimiento,
Del mundo en la tradicion.
La revela el corazon,
La anuncia nuestra existencia,
Es la base de la ciencia
Y no hay mediano criterio
Qué aunque la vele el misterio
No la sienta en su conciencia.

Quiebra la brisa al rozar
Con sus alas nuestra frente;
A ese cuerpo que se siente
¿Que nombre le hemos de dar?
Ora se escucha el trinar
De la cadenciosa ave
Que con su canto suave
Ocultándose, recrea:
Y por más que no se vea
¿Duda por eso nos cabe?

¡La fé...! mirar es sin ver,
Ó tocarla sin tocar,
Ó escucharla sin hablar,
Ó explicarla sin saber.
Yo la quiero comprender
Como me dicta el deseo
Diciendo: «ciego la veo

« Y de su luz siempre en pos
« La contemplo como á Dios
« A quien amo, adoro y creo, »

J. M. PUCHE.

OCUPACIONES MENUDAS.

Sr. D. Enrique Perez de Tudela.

Mi querido amigo: Lámentase V. en su última carta de que está muy atareado, si bien añadiendo que realmente no sabe en qué consisten sus ocupaciones. Esto lo cree V. contradictorio, y así lo parece realmente, aun que no lo sea. Cuanto más desocupado está uno más ocupaciones se le figura que tiene. Y es que á fuerza de no saber en qué pasar el tiempo, cada cual busca *negocios menudos*, por decirlo así, que le entretengan y distraigan. A falta de otra cosa, se llega á creer que son de importancia, y se les consagra el mismo afán y la misma actividad que se consagraria á las empresas de mayor trascendencia.

¿No ha conocido V. ningun militar retirado que pasase horas y horas fabricando jaulas, más ó menos artísticas, para jilgueros, ó forrando cajas de carton ó de madera con papel de oro y colores? ¿V. cree que para los jugadores de ajedrez no es cosa grave el mover de un sitio la reina ó una torre, salvar un alfil ó un caballo y dar mate al rey del que juega enfrente?

Yo supongo que V. habrá visto muchas veces pescar con caña á los hombres de paciencia; á las señoras y señoritas hacer trabajos de *crochet*; estudiar la gaceta ó la correspondencia á los empleados, y á los amantes de noticias, y á los fumadores pasarse tres ó cuatro horas cada noche en un café, ahogándose entre el tufo y las tonterías que echan por la boca. Pues ahí tiene V. varios modos de perder el tiempo, que constituyen para esas personas verdaderas ocupaciones. Príveles V. de ellas, ó haga que cambien entre sí, y verá como se mueren de hastio. El concurrente al café, de seguro no se divertirá haciendo cajas ni jaulas; para el retirado, que las hacia, no tendrá atractivo alguno el café; al lector de la correspondencia le parecerán de poca novedad los anzuelos y los peces, y las señoras del *crochet* encontrarán pesado el ajedrez, mientras el jugador de éste no verá en el encaje hecho por aquellas más que hilos entredados. Cada persona tiene su afición en el mundo, y sólo á ella dedica su inteligencia.

Pero de seguro que le dará á V. lástima, como á mí me sucede, ver consagrada exclusivamente, ó poco ménos, esa inteligencia á ciertas menudas ocupaciones. V. conocerá— ¿quién no conoce á alguno? — más de dos y más de tres coleccionistas de sellos de correo. Le habrán enseñado á V. su album, le habrán ponderado mucho los pasos que han tenido que dar para proporcionarse cada uno de aquellos grabaditos, y á V., sin embargo, no le habrá interesado gran cosa tan rica coleccion de retratos de reyes y de reinas con la cara embadurnada de tinta y de aceite.

Pues sepa V. — si no lo sabe — que hay sellos, y no pocos, que se venden con mucho aprecio: que la

moda de formar semejantes colecciones está extendida por los pueblos más civilizados de Europa y América, y que los coleccionistas se ponen en comunicación entre sí por medio de periódicos, escritos con este objeto.

Dicen que es casi imposible reunir todos los sellos que se usan en Inglaterra y sus posesiones de la India; ponderan la dificultad de obtener uno de los primitivos del franqueo interior de Madrid, que costaban un cuarto y tenían grabados el oso y el madroño con matiz de purpurina cobriza, y celebran como hombre de extraordinario mérito al que mayor número de sellos ha logrado reunir, después de tantas fatigas como esto produce.

El coleccionista de sellos tiene relaciones con los vendedores de este interesante artículo de curiosidades; los busca en las casas de comercio, en las oficinas, en todas partes donde se recibe abundante correspondencia. Si quiere V. hacer en un día un verdadero obsequio á cualquier coleccionista de sellos, guarde V. todos los de las cartas que reciba, y andando el tiempo ya verá qué importancia han adquirido.

Por supuesto no pregunte V. á ninguno de estos aficionados para qué sirve aquella multitud de sellos. Para recrear la vista, desde luego comprende V. que no se colocan en un lujoso album; porque generalmente están manchados con la tinta que se usa para inutilizarlos, además de no ser tampoco de un mérito sorprendente; para estudiar las tarifas de precios de correos de cada nación no basta eso... nada, nada: no se caliente V. la cabeza en adivinar el objeto de esa colección, ni lo pregunte tampoco á su dueño, porque, á lo sumo, responderá á V. que la forma por el gusto de formarla, y porque ha visto que las forman otros.

Como recreo de los ojos, aun se explica mejor el afanoso trabajo de otra variedad del género coleccionista: la que constituyen los que hacen acopio de viñetas de cajas de fósforos. No se puede negar que las hay muy bonitas; que algunas llevan estampadas caricaturas de costumbres y políticas por extremo ingeniosas y retratos bastante parecidos; hacen reír, en fin, muchas de ellas, y que se puede pasar un rato entretenido viéndolas. Pero ¿no le parece á V. que hay algo de pueril en que un hombre con barbas, y aun con canas, se ocupe en coleccionar los forros de semejantes cajas? Y observe V. que el coleccionista de este género es casi más incansable que el de sellos de correo, por lo mismo que su especialidad es más abundante que la de aquél. Los sellos tienen mayor mérito cuando son antiguos, ó lejanos los países de que proceden, porque entonces son más raros: en las cajas de fósforos lo que importa es reunir gran cantidad y que sean bonitas: lo demás no importa nada. Así es que el coleccionista no tira nunca una caja: por el contrario, recoge las que ve en la calle, aun á riesgo de que alguien le tenga por buscador de puntas de cigarro: encarga á todos sus amigos que le guarden las cajas vacías, y compra, aunque no necesite fósforos, docenas variadas de ellas.

¡Qué recreo tan inocente... he dicho mal, qué ocupación tan importante la de poner en agua las cajas para despegar la estampa del carton ordinario que hay debajo! Es preciso hacerlo con esmero, para que el barniz no salte en las que están charoladas; debe tenerse mucho cuidado en que los colores no pierdan, en no raspar el papel, si tarda en despegarse... no

crea V. que el hacer bien esta operación es tarea tan fácil que todos puedan practicarla. ó tan breve que muchos no se cansasen antes de concluirla y tirasen la caja por la ventana.

Para esto último es para lo que servirán probablemente, andando el tiempo, la mayor parte de estas colecciones, lo mismo que muchas de las que con tanto trabajo se forman de sellos de franqueo. O pasará la moda, y el coleccionista se dedicará á otra tarea tan lucida como esta, olvidando su manía, ó muerto el que formó la colección, sus herederos sólo verán en ella un estorbo.

Sin embargo, francamente le digo á V. que mejor me dedicaría yo á reunir y clasificar cajas de fósforos que á descifrar charadas y geroglíficos. Vea V. aquí otra ocupación de esas que vamos examinando, y que calienta más el cerebro que todas las otras. El aficionado á charadas vive muy satisfecho de su agudeza de ingenio: se pasa las horas muertas con el periódico delante, las manos en la frente y los codos en la mesa, calculando qué será *mi* primera, qué *mi* cuarta y qué *mi* todo. No hay logogrifo que se le resista, aunque necesite llenar un pliego de papel con los nombres de las cosas que *hay en mi*: es decir, en él; lee casi de corrido la más difícil fuga de consonantes ó el geroglífico cuyas figuras estén peor grabadas (y suele haberlas de prueba en cuanto á esto), y completa su trabajo escribiendo al director de la publicación, para decirle que el enigma es tal ó cual cosa, y que suyo sería por lo tanto el premio, si lo hubiera.

¡Qué satisfacción tan grande cuando en el número siguiente del periódico se publican su nombre y apellido al lado de la solución del difícil problema! Y sigue creyéndose una maravilla, un fenómeno en punto á adivinar, aunque vea otra docena de nombres y apellidos junto al suyo, pertenecientes á otros tantos adivinadores, sin contar por supuesto los centenares de personas que aciertan la charada y el geroglífico, y no se cuidan de dar tan importante noticia á la redacción del periódico ni al público.

De suerte que en esto aun son peores estos maníacos que los otros, porque hacen alarde de su manía en letras de molde; porque gritan por medio de la prensa: — «sepan ustedes que yo pierdo el tiempo en esto,» — mientras los otros se contentan con perderle sin publicarlo, y sin extender el mal ejemplo.

¡Perder el tiempo! Reflexione V., después de todo que es tan difícil aclarar este punto: cuando se pierde el tiempo y cuando no se pierde. Escribiendo esta carta me parece que he dedicado algún rato á la ocupación de la literarura que es, lo mismo que la de escribir notas sobre el pentágono, en que V. se ejercita, una ocupación tan menuda como la de pescar con caña ó descifrar charadas. Si yo incurro en la misma falta que censuro ¿cómo he de corregir á otros, mucho más publicando el resultado de mi ocupación, como los que resuelven geroglíficos? aunque de esto V. tiene la culpa, que me ha pedido un artículo para el ATENEO LORQUINO. En este concepto no puedo negarlo: he perdido el tiempo. Pero como nunca se pierde cuando se escribe á un amigo, á quien se aprecia como yo aprecio á V., estoy firmemente persuadido de que escribiendo á V. y acordándome de su buena amistad mientras le escribía, puedo estar seguro de que no he perdido el tiempo, mucho más si esta carta no dis-

gusta á los lectores del periódico, cuando se publique.

Suyo siempre afectísimo amigo

Madrid 12 de Setiembre de 1872.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CANTARES.

Hoy he visto el almanaque
Y anuncia eclipse total;
No habrá mirado tus ojos
El que pronostica tal.

No hay lágrimas que más valgan,
Ni que mejor se derramen,
Que aquellas que á solas vierte
Quien ha perdido á su madre.

Aunque tan niño le veas,
No te burles del amor;
Mira que luego se venga
Y no tiene corazón.

Es la constancia cual luz
Que sin aceite se apaga;
Poco importa que hoy me quieras
Si me has de olvidar mañana.

BRAULIO MELLADO.

Hemos tenido el gusto de ver la Guía del forastero en Murcia, que ha publicado nuestro amigo D. Federico Atienza y Palacios; al que felicitamos al par que por su trabajo, por el servicio que ha hecho á todos los amantes de las glorias murcianas, reuniendo en un pequeño volumen todo aquello que pueda interesar al que visite la siete veces coronada Ciudad, tanto reseñando las diferentes obras de arte que en ella se encierran, cuanto haciendo la historia de sus más célebres monumentos. Hoy que gracias á la vía ferrea son tantos los viajeros que acuden á las risueñas márgenes del Segura, era más necesaria la aparición de una guía que les indicase todo aquello que merece ser visitado; falta mucho más notable si se considera que las tienen otras poblaciones de menos importancia bajo todos conceptos que la Capital de nuestra provincia.

Se ha recibido en esta Redacción el volumen quinto de las Conferencias Anti-esclavistas, organizadas en Madrid por la Sociedad Abolicionista española, el que contiene el Discurso pronunciado por D. Salvador Torres Aguilar, Catedrático de la Universidad central, el 26 de Febrero de 1872,

sobre la abolición de la esclavitud en el Brasil y en España. Digno de todo elogio es el fin de esta Sociedad al propagar el principio de la abolición de la esclavitud y más aun al considerar que sus discusiones tienen por objeto estudiar los medios de que ésta se lleve á cabo sin agravio de ningún derecho y evitando las perturbaciones que [por]fello pudieran sobrevenir en el orden moral y material de nuestras Antillas.

BIBLIOGRAFIA.

Hemos tenido el gusto de recibir el discurso del Sr. D. Pedro Muñoz y Peña, catedrático de este Instituto local, que debió leerse en la solemne apertura del mismo, y cuya lectura no pudo verificarse á causa del Decreto expedido por el ministerio de Fomento en 18 de Setiembre último, restableciendo la costumbre que antes se observaba en esta clase de solemnidades. Sentimos que la falta de espacio nos impida ofrecer á nuestros lectores un análisis, aunque fuere sucinto, del apreciable trabajo del Sr. Muñoz, que con elegante forma y gran copia de erudición se ocupa «del origen y progreso histórico de la lengua castellana» demostrando sus profundos conocimientos en esta materia, y en todas las relativas á los diferentes ramos de Literatura, á cuyos estudios es sumamente aficionado el distinguido Catedrático de nuestro Instituto.

Las diversas cuestiones que se relacionan con la influencia de los pueblos invasores de la península en la formación del rico idioma castellano, son expuestas y tratadas con sumo acierto por el Sr. Muñoz, y examinadas con crítica imparcial y juiciosa, abundando en gran copia de datos al tratar de los primitivos pobladores de España, y de las primeras razas que la ocuparon, oriundas del Oriente; reseñando con viveza la época de esplendor de la literatura hispano-latina, y siguiendo la época de la decadencia de este último idioma; cuya influencia, en concepto del orador no es tan absoluta como generalmente se cree en la formación y desarrollo del habla castellana.

Abunda además en preciosos datos respecto á los primeros ensayos del romance castellano, terminando su discurso, cuando ya estaba fijada la lengua en la brillante época del renacimiento, y en el siglo de oro de nuestra literatura.

En suma, el discurso del Sr. Muñoz es un estimable trabajo, rico de erudición y doctrina, y con el cual ha demostrado sus variados conocimientos. Le felicitamos por ello sinceramente, recomendando á nuestros suscritores la lectura de dicho discurso, sumamente útil y agradable por su instructiva amenidad.

Con este número termina el primer trimestre del segundo año de nuestra publicación, lo que se avisa á los Señores suscritores, para que se sirvan renovarla sino quieren sufrir retraso en el recibo de la misma.

Imprenta de Romero y Alvarez, Cava 11.